

—Sí, porque ellos son sus propios verdugos—replicó Rafael.

—¡Otra preocupación!—objetó el banquero.

—Bebamos—dijo Rafael guardándose el talismán en el bolsillo.

—¿Qué haces?—le dijo Emilio cogiéndole la mano. —Señores—añadió dirigiéndose á los circunstantes bastante sorprendidos del proceder de Rafael,—habéis de saber que nuestro amigo de Valentín ¿qué estoy diciendo? que el “señor marqués de Valentín” posee un secreto para hacer fortuna. Se realizan sus deseos en el momento mismo en que los formula. A menos de pasar por un lacayo, por un hombre sin corazón, va á enriquecernos á todos.

—¡Ah, Rafaelito! Quiero un aderezo de perlas—exclamó Eufrasia.

—Si es agradecido, me regalará dos carruajes tirados por hermosos caballos que corran mucho—dijo Aquilina.

—Deseo usted para mí cien mil francos de renta.

—¡Chales de Cachemira!

—¡Pague usted mis deudas!

—Envía una apoplejía á mi tío.

—Rafael, me doy por satisfecho con diez mil libras de renta.

—¡Cuántas donaciones!—exclamó el notario.

—Debería curarme la gota.

—Hacer bajar las rentas—dijo el banquero.

Todas estas frases salieron disparadas como el haz de cohetes con que termina un fuego de artificio.

Aquellos furiosos deseos eran quizás más formales que cosa de broma.

—Querido amigo—dijo Emilio con gravedad,—me contentaré con doscientas mil libras de renta: vaya, hazme este favor de buen grado.

—Pero ¿no sabes á qué precio, Emilio?—le preguntó Rafael.

—¡Bonita disculpa!—exclamó el poeta.—¿No debemos sacrificarnos por nuestros amigos?

—Casi me van dando ganas de deseáros la muerte á todos—respondió Valentín echando una mirada sombría á los comensales.

—Los moribundos son furiosamente crueles—dijo Emilio riendo.—Ya eres rico,—añadió con formalidad; pues bien, antes de dos meses serás asquerosamente egoísta. Eres ya estúpido, no comprendes una broma. No te falta más que creer en tu piel de zapa.

Rafael, temeroso de las burlas de aquella gente, guardó silencio, bebió sin tino y se embriagó para olvidar un momento su funesto poder.

#### LA AGONIA

En uno de los últimos días del mes de Diciembre, un anciano septuagenario, arrostrando la lluvia, iba por la calle de Varennes levantando la cabeza á la vuelta de cada casa particular y buscando el domicilio del señor marqués Rafael de Valentín, con la candidez de un niño y el aspecto absorto de los filósofos. En aquella cara, acompañada de largos y desgreñados cabellos ca-

nosos y reseca como un pergamino viejo que se retuerce al calor del fuego, se veía retratada la impresión de un profundo disgusto mezclada con un carácter despótico. Si algún pintor hubiera tropezado con aquel singular personaje vestido de negro, enjuto y huesoso, de regreso á su taller lo habría seguramente transfigurado á su álbum poniéndole al pie esta inscripción: "Poeta clásico en busca de un consonante." Después de cerciorarse del número que se le había indicado, aquella palíngenesia viviente de Rollín llamó suavemente á la puerta de una casa magnífica.

—¿El señor Rafael está en casa?—preguntó el buen hombre á un lacayo de librea.

—El señor marqués no recibe á nadie—contestó el criado metiéndose en la boca una enorme sopa de pan que había mojado en un tazón de café.

—Pues veo allí su carruaje—observó el viejo desconocido señalando un coche magnífico, parado bajo una marquesina que figuraba el techo de una tienda de campaña y que cobijaba también los escalones de la escalinata exterior.—Va sin duda á salir, y le esperaré.

—¡Ay, buen anciano! Será fácil que espere usted hasta mañana por la mañana.—contestó el portero.—Siempre hay un coche enganchado para el señor. Pero le ruego á usted que se vaya, porque perdería seiscientos francos de renta vitalicia si una sola vez dejara entrar sin previa orden á cualquier extraño.

En aquel momento salió del vestíbulo un anciano alto, que llevaba un traje parecido al de un ujier ministerial, y bajó presuroso unos cuantos escalones examinando al viejo recién llegado.

—Aquí tiene usted al señor Jonatás, á quien puede hablar—dijo el portero.

Los dos ancianos, atraídos por mutua curiosidad ó simpatía, se reunieron en medio del espacioso patio de honor, en un burladero en el que crecía alguna yerba entre las baldosas. En aquella casa reinaba un silencio terrorífico. Al ver á Jonatás se habría deseado penetrar el misterio que se cernía en su rostro y del que parecían saturadas hasta las cosas más insignificantes de aquella tétrica morada. El primer cuidado de Rafael, al reunir la inmensa herencia de su tío, fué el de averiguar dónde paraba el viejo criado fiel con cuyo afecto podía contar. Jonatás lloró de alegría al volver á ver á su joven amo á quien creía haber dado una despedida eterna; pero no hubo nada comparable con su felicidad cuando el marqués le promovió al elevado cargo de mayordomo. El viejo Jonatás llegó á ser una potencia intermedia colocada entre Rafael y el mundo entero. Ordenador supremo de la fortuna de su amo, ciego ejecutor de un pensamiento desconocido, era algo así como un sexto sentido al través del cual llegaban á Rafael las emociones de la vida.

—Desearía hablar al señor Rafael—dijo el anciano á Jonatás, subiendo algunos escalones de la escalinata para resguardarse de la lluvia.

—¡Hablar al señor marqués!—exclamó el mayordomo.—Pues si apenas me dirige la palabra, y eso que soy el marido de su ama de cría. . . .

—Yo también le he criado—contestó el viejo.—Si su mujer de usted le dió el pecho cuando niño, yo le he hecho amamantarse en el seno de las Musas. Es mi

hijo de leche, "carus alumnus." Yo he dado forma á su cerebro, cultivado su inteligencia, desarrollado su genio, y así me atrevo á afirmarlo para honor y gloria mía. ¿No es uno de los hombres más notables de nuestra época? Yo lo he tenido bajo mi dirección en sexta, en tercera y en retórica. Soy su profesor.

—¡Ah! ¿Es usted el señor Porriquet?

—Justamente. Pero el señor. . . .

—¡Silencio!—gritó Jonatás á dos marmitones cuyas voces interrumpían el silencio claustral en que estaba sepultada la casa.

—¿Acaso está enfermo el señor marqués?—preguntó el profesor.

—Dios sólo sabe lo que tiene mi amo—contestó Jonatás.—No hay en París dos casas como la nuestra, ¿lo oye usted? dos casas. . . . El señor marqués ha comprado este edificio que pertenecía antes á un duque y par, se ha gastado trescientos mil francos en amueblarlo. Trescientos mil francos son una cantidad regular. Pero cada pieza de esta casa es una verdadera maravilla. ¡Bravo! exclamé al ver tanta magnificencia, lo mismo que en casa de su difunto abuelo. El joven marqués va á recibir la ciudad y la corte. Que si quieres! El señor no ha querido ver á nadie. Lleva una vida muy rara—señor Porriquet, una vida inconciliable. Todos los días se levanta á la misma hora, y únicamente yo, yo solo, puedo entrar en su cuarto. Abro á las siete, lo mismo en verano que en invierno: es cosa convenida. Cuando entro le digo: señor marqués, tiene usted que despertarse y vestirse: y se despierta y se viste. Debo entregarle su bata, siempre hecha del mismo modo y

de la misma tela. Yo mismo tengo que reemplazarla cuando ya no puede servir, sólo por ahorrarle el trabajo de pedir una nueva. ¡Ah, qué imaginación! Lo cierto es que teniendo mil francos diarios, hace lo que quiere. Además le quiero tanto que si me diera una bofetada en el carrillo derecho, le presentaría en seguida el izquierdo. Si me dijera que hiciese las cosas más difíciles, las haría; ¡pues no había de hacerlas! Por lo demás me ha encargado de tantas pequeñeces que no me falta trabajo por cierto. Lee los periódicos, ¿no es verdad? Pues tengo orden de dejarlos en el mismo sitio y en la misma mesa. A una hora, siempre la misma, le hago la barba y no tiemblo. El cocinero perdería mil escudos de renta vitalicia que percibirá después de la muerte del señor, si no sirviera inconciliablemente el almuerzo todas las mañanas á las diez, y la comida á las cinco en punto. La lista de los platos está hecha para todo el año, día por día. El señor marqués no tiene nada que desear, come fresas cuando hay fresas, y la primera merluza que se recibe en París. El programa está impreso, y desde por la mañana sabe de memoria lo que se le servirá en la comida. Para ella, se viste á la misma hora con las mismas prendas, y la misma ropa blanca preparada por mí, ¿sabe usted? y puesta en el mismo sillón. También he de cuidarme de que tenga siempre la misma sábana; y en caso necesario, si se le estropea la levita, supongamos, mandarle hacer otra sin decirle una palabra. Si hace buen tiempo, entro y digo á mi amo: "Señor, debería usted salir." Me responde sí ó no. Si se le ocurre pasear, no aguarda sus caballos, porque están siempre engancha-

dos; el cochero está inconciliablemente látigo en mano, como lo está usted viendo. Por la noche, después de comer, el señor va un día á la Opera, otro á los Ital. . . . no, todavía no ha ido á los Italianos, porque hasta ayer no he podido adquirir un palco. Luego se retira á las once en punto y se acuesta. Durante los ratos del día en que no hace nada, pasa el tiempo leyendo, siempre leyendo, ¿sabe usted? es una manía. Tengo la orden de leer antes que él el Diario de la Librería para comprar libros nuevos á fin de que los encuentre sobre su chimenea el mismo día de su venta. Tengo la consigna de entrar de hora en hora en su cuarto para atizar el fuego y cuidar de que no le falte nada; y hasta me ha dado un librito para aprenderlo de memoria y en el que están consignadas todas mis obligaciones, un verdadero catecismo. En verano debõ mantener la temperatura al mismo grado de frescor con un montón de hielo, y en todo tiempo debo poner flores nuevas en todas partes. Es rico, tiene mil francos diarios y puede satisfacer sus caprichos. El pobre muchacho ha carecido mucho tiempo de lo necesario. No molesta á nadie, es tan bueno como el pan, nunca dice una palabra, pero exige silencio completo en la casa y en el jardín. En fin, mi amo no tiene que formular un deseo, todo marcha al dedillo, "et recta." Y hace bien, si no se sujeta á los criados, todo va como Dios quiere. Yo le digo todo lo que debe hacer, y me escucha. No puede usted figurarse hasta qué punto ha llevado adelante la cosa. Sus habitaciones están. . . . ¿cómo dice que están? ¡ah! en crujía. Pues bien, abre, es una suposición, la puerta de su cuarto ó de su despacho, y ¡erac! todas las puertas se abren por sí solas median-

te un mecanismo. Entonces puede ir de un extremo á otro de su casa sin encontrar una puerta cerrada. En cambio ha costado mucho dinero. En fin, y finalmente, señor Porriquet, me ha dicho: "Jonatás, cuidarás de mí como si fuera una criatura en mantillas." En mantillas, sí, señor, en mantillas ha dicho. "Pensarás en mis necesidades por mí." Yo soy el amo, ¿sabe usted? y él es cuasí el criado. ¿Por qué? Pues eso no lo sabe nadie en el mundo más que Dios y él. ¡Es inconciliable!

—¿Escribe un poema!—dijo el profesor.

—¿Cree usted que escribe un poema? Pues eso sujeta mucho. Sin embargo, no lo creo, ¿sabe usted? A menudo me repite que quiere vivir como una vegetación, vegetando. Y precisamente ayer miraba un tulipán, y decía vistiéndose: "Esa es mi vida. Yo vegeto, mi buen Jonatás." Ahora otros suponen que es "monomano." ¡Es inconciliable!

—Todo eso me prueba, Jonatás—repuso el profesor con una gravedad magistral que imprimió profundo respeto al ayuda de cámara,—que su amo de usted se ocupa en una grande obra. Está embebido en graves meditaciones y no quiere que le distraigan las preocupaciones de la vida vulgar. Un hombre de genio lo olvida todo cuando está entregado á sus trabajos intelectuales. Un día el célebre Newton. . . .

—¿Newton? No le conozco—dijo Jonatás.

—Newton era un gran geómetra: pasó veinticuatro horas con el codo apoyado en una mesa, y cuando salió de su ensimismamiento al día siguiente, creía que era aún la víspera, como si hubiera dormido. Ea, voy á ver á ese querido Rafael; tal vez pueda serle útil.

—¡Un minuto!—exclamó Jonatás.—Aunque fuera usted el rey de Francia, el antiguo, se entiende, no entraría usted como no forzara las puertas y pasara sobre mi cuerpo. Pero, señor Porriquet, corro á decirle que está usted aquí, y le preguntaré de ese modo: ¿Habrá que dejarle subir? Responderá “sí” ó “no”. Jamás le digo: “¿Desea usted? ¿quiere usted? ¿apetece usted?” Estas palabras están suprimidas de la conversación. Una vez se me escapó una, y me dijo montando en cólera: “¿Quieres matarme?”

Jonatás dejó al viejo profesor en el vestíbulo, haciéndole seña de que no diera un paso más; pero volvió pronto con una respuesta favorable y guió al anciano al través de suntuosos aposentos cuyas puertas estaban abiertas. Porriquet vió desde lejos á su discípulo junto á una chimenea. Envuelto en una bata de grandes dibujos y hundido en un sillón de muelles, Rafael estaba leyendo un periódico. La actitud enfermiza de su cuerpo postrado revelaba la gran melancolía de que parecía ser víctima, melancolía que se retrataba también en su frente y en su rostro pálido como una flor marchita. Una especie de gracia afeminada y esas rarezas propias de los enfermos ricos se destacaban en su persona. Sus manos, parecidas á las de una mujer bonita, eran de suave y delicada blancura. Sus cabellos rubios, un tanto ralos ya, se ensortijaban alrededor de sus sienes con estudiada coquetería. Un gorrito griego, arrastrado por el peso que una borla demasiado grande comunicaba á la ligera cachemira de que estaba hecho, pendía á un lado de su cabeza. Había dejado caer á sus pies un cuchillo de malaquita con adornos de oro de que se acababa de valer para cortar las páginas

de un libro. Tenía sobre las rodillas la boquilla de ámbar de una magnífica luka de la India, cuyas espirales esmaltadas yacían como una serpiente en el suelo, y se olvidaba de aspirar sus frescos perfumes. Pero la debilidad general de su cuerpo juvenil aparecía desmentida por sus ojos azules de los que parecía haberse retirado toda vida y en los que brillaba un sentimiento extraordinario que al pronto sorprendía. Aquella mirada hacía daño: unos podían leer en ella la desesperación; otros adivinar un combate interior tan terrible como un remordimiento. Era la ojeada profunda del impotente que relega sus deseos al fondo de su corazón, ó la del avaro que, gozando mentalmente de todos los placeres que podría proporcionarle su dinero, se abstiene de ellos con tal de no menoscabar su tesoro; ó bien la mirada de Prometeo encadenado, ó la de Napoleón cuando, caído en 1815, llega á saber, en el Eliseo, la falta estratégica cometida por sus enemigos, pide el mando sólo por veinticuatro horas y no lo consigue. Verdadera mirada de conquistador y de réprobo, ó mejor aún la mirada que muchos meses antes había echado Rafael al Sena ó á su última moneda de oro que había perdido al juego. Sometía su voluntad, su inteligencia al tosco criterio de un viejo labriego apenas civilizado por cincuenta años de domesticidad. Casi contento de haberse convertido en una especie de autómatas, prescindía de la vida por vivir, y despojaba á su alma de todas las poesías del deseo. Para luchar mejor con la cruel potestad cuyo reto había aceptado, se había hecho casto al modo de Orígenes, castrando su imaginación. Al día siguiente de aquel en que, enriquecido de pronto por un testamento, había visto que

menguaba su piel de zapa, fué á comer á casa de su notario, donde un médico de fama refirió seriamente á los postres el modo como un suizo se había curado de una pulmonía. Aquel hombre no pronunció en diez años una palabra, y se había sujetado á no respirar más que seis veces por minuto en la pesada atmósfera de una vaquería, observando un régimen alimenticio sumamente ligero. "Yo seré ese hombre," dijo para sí Rafael que quería vivir á toda costa. Y en el seno del lujo, llevó la vida de una máquina de vapor. Cuando el viejo profesor vió á aquel cadáver, se sobresaltó; todo le parecía artificial en aquel cuerpo delgado y endeble. Al observar la mirada encendida del marqués, su frente grávida de pensamientos, no pudo conocer en él al discípulo de tez fresca y sonrosada, de miembros juveniles cuyo recuerdo había conservado. Si el clásico sujeto, crítico sagaz y conservador de buen gusto, había leído á lord Byron, habría creído ver á Manfredo allí donde hubiera deseado ver á Childe Harold.

—Buenos días, señor Porriquet—dijo Rafael estrechando los dedos helados del anciano con su mano ardorosa y húmeda.—¿Cómo está usted?

—Yo bien—contestó el viejo asustado por el contacto de aquella mano febril.—¿Y usted?

—¡Oh! Confío en gozar de buena salud.

—¿Probablemente estará usted escribiendo alguna obra importante?

—No—contestó Rafael.—"Exegi monumentum." señor Porriquet, he terminado una gran página y me he despedido para siempre de la Ciencia. Ni siquiera sé dónde está mi manuscrito.

—El estilo será puro, sin duda. Supongo que no ha-

brá usted adoptado el lenguaje bárbaro de esa nueva escuela que cree hacer una gran cosa inventando un Ronsard.

—Mi obra es puramente fisiológica.

—Pues no diga usted más—repuso el profesor—En las ciencias, la gramática debe amoldarse á las exigencias de los descubrimientos. Sin embargo, hijo mío, un estilo claro, armonioso, la lengua de Massillon, de Buffon, del gran Racine, no echa á perder nada. Pero olvidaba el objeto de mi visita,—añadió el profesor interrumpiéndose.—Es una visita interesada.

Rafael, acordándose ya tarde de la verbosa elegancia y de las elocuentes perifrasis á que su maestro estaba acostumbrado á causa de su largo profesorado, casi se arrepintió de haberle recibido; pero en el momento en que iba á desear que se marchara, comprimó prontamente su secreto anhelo echando una furtiva ojeada á la piel de zapa, colgada ante él y extendida sobre una tela blanca en la que sus contornos fatídicos estaban cuidadosamente trazados con una línea encarnada que la limitaba con toda exactitud. Desde la fatal orgía, Rafael ahogaba hasta el más leve de sus caprichos, y vivía de modo que no pudiera ocasionar la merma más insignificante á aquel terrible talismán. Escuchó, pues, con paciencia las ampulosidades del viejo profesor. El señor Porriquet invirtió una hora en contarle las persecuciones de que había sido objeto desde la revolución de Julio. El buen hombre, que deseaba un gobierno fuerte, emitió el anhelo patriótico de dejar á los tenderos detrás de sus mostradores, á los hombres de Estado ocupados en la gestión de los asuntos públicos, á los abogados en la curia y á los pares de Francia en el

Luxemburgo; pero uno de los ministros populares del rey ciudadano le había expulsado de su cátedra acusándolo de carlista. El anciano se encontraba sin destino, sin retiro y sin pan, y como además era la providencia de un sobrino pobre cuya pensión en el Seminario de San Sulpicio pagaba, iba á rogar á su antiguo discípulo, no tanto por él cuanto por su hijo adoptivo, que reclamara del nuevo ministro, no precisamente su reposición, sino el empleo de provisor en algún colegio de provincia. Rafael sentía una soñolencia inevitable, cuando la voz monótona del buen hombre cesó de resonar en sus oídos. Obligado por cortesía á mirar los ojos blancos y casi inmóviles de aquel anciano de charla lenta y pesada, se había quedado como magnetizado por una inexplicable fuerza de inercia.

—Pues bien, señor Porriquet—respondió sin saber precisamente á qué pregunta contestaba,—no puedo hacer nada, absolutamente nada; pero “desco vivamente” que consiga usted su objeto.

Pero en el mismo momento, y sin notar el efecto que en el rostro amarillento y arrugado del anciano producían estas triviales palabras, llenas de egoísmo y de indiferencia, Rafael se irguió como cervatillo espantado. Vió una leve línea blanca entre el borde de la piel negra y el trazo encarnado, y lanzó un grito tan terrible que el pobre profesor se aterrorizó.

—¡Váyase usted enhoramala, viejo animal!—exclamó.—Será usted nombrado profesor. ¿No podía usted haberme pedido una renta vitalicia de mil escudos, más bien que un deseo homicida? La visita de usted no me habría costado nada. ¡Hay cien mil empleos en Francia y yo no tengo más que una vida! La vida de un

hombre vale más que todos los empleos del mundo. . . .  
¡Jonatás!

El mayordomo acudió.

—¡Ya ves lo que has hecho, majadero! ¿Por qué me has propuesto recibir á este señor?—dijo designándole al viajero, que estaba como petrificado. ¿He entregado mi alma en tus manos para que la desgarrases? En este momento me arrancas diez años de vida. Comete otra falta como esta, y me llevarás á la mansión adonde he conducido á mi padre. ¿No habría preferido yo poseer á Fedora á hacer un favor á este viejo esqueleto, que parece un andrajo humano? Tengo dinero que darle. Y además, aun cuando todos los Porriquet del mundo se muriesen de hambre, me tendría sin cuidado.

La cara de Rafael estaba blanca de cólera; una ligera espuma sureaba sus labios trémulos y la expresión de sus ojos era sanguinaria. Al verle en aquel estado, los dos viejos se sintieron sobrecogidos de un estremecimiento convulsivo, como dos niños delante de una serpiente. El joven se dejó caer en su sillón; sobrevino una especie de reacción en su alma y de sus centelleantes ojos brotaron copiosas lágrimas.

—¡Oh mi vida, mi hermosa vida!—murmuró.—¡No más ideas benéficas, no más amor, nada, nada!—Y añadió volviéndose al profesor:—Ya está hecho el daño, amigo mío; le habría recompensado generosamente por sus cuidados; mi desgracia habrá producido al menos el bienestar de un hombre bueno y digno.

Había tanta alma en el acento que matizó estas palabras casi ininteligibles, que los dos viejos lloraron

como se llora al oír una pieza de música conmovedora cantada en lengua extranjera.

—Es epiléptico—dijo Porriquet en voz baja.

—Reconozco la bondad de usted, amigo mío—repuso dulcemente Rafael:—perdóneme. La enfermedad es un accidente; la inhumanidad sería un vicio. Ahora déjeme solo—añadió.—Mañana ó pasado mañana, tal vez esta misma noche, recibirá usted su nombramiento, porque la “resistencia” ha triunfado del “movimiento.” Adiós.

El anciano se retiró lleno de horror así como de grandes zozobras por la salud moral de Valentín. Aquella escena había tenido para él algo de sobrenatural, aun no estaba seguro de haberla presenciado y no sabía si acababa de despertar de una pesadilla.

—Oye, Jonafás—dijo el joven á su viejo criado.—Procura hacerte bien cargo de la misión que te he confiado.

—Sí, señor marqués.

—Soy como un hombre puesto fuera de la ley.

—Sí, señor marqués.

—Todos los goces de esta vida juegan alrededor de mi lecho de muerte y danzan ante mí como mujeres hermosas; pero si los llamo, muero. ¡Siempre la muerte! Tú debes ser una barrera entre el mundo y yo.

—Sí, señor marqués—contestó el criado enjugándose las gotas de sudor que brotaban de su arrugada frente.

—Pero si no quiere usted ver mujeres hermosas, ¿cómo se arreglará esta noche para ir á los Italianos? Una familia inglesa, que se marchó á Londres, me ha cedido el resto de su abono y tiene usted un buen palco. ¡Oh! Es un palco magnífico, de los primeros.

Rafael, embebido profundamente en sus pensamientos, no le escuchaba.

¿Adónde va ese fastuoso carruaje, ese cupé tan sencillez por fuera, de color obscuro, pero en cuya portezuela se destaca el escudo de noble y antigua familia? Cuando ese cupé pasa rápidamente las grisetas lo admiran, y envidian el raso amarillo, la alfombra de la Jabonería, la pasamanería fresca como una paja de arroz, los grandes almohadones y los discretos cristales. Dos lacayos de librea van á la trasera de aquel coche aristocrático; pero en el fondo, en la seda, yace una cabeza ardiente de ojos mirando la cabeza de Rafael, triste y pensativo. Corre como un cohete por París, llega al peristilo del teatro Favart, se desdobra el estribo, sus dos lacayos le sostienen, y alguna gente envidiosa le mira.—¿Qué ha hecho ese para ser tan rico? dice un pobre estudiante de leyes que por no tener un escudo no podía oír los mágicos acordes de Rossini. Rafael andaba lentamente por los corredores del teatro; no se prometía ningún goce de aquella distracción que tanto había apetecido en otro tiempo. Mientras se alzaba el telón para el segundo acto de “Sémiramis,” se paseaba por el salón de descanso, vagaba por las galerías sin hacer caso de su palco en el cual no había entrado. Ya no existía el sentimiento de la propiedad en el fondo de su corazón. Como todos los enfermos, no pensaba más que en su mal. Apoyado en el tablero de la chimenea, alrededor de la cual abundaban en medio del salón de descanso elegantes jóvenes y viejos, ministros antiguos y nuevos, pares sin paría, y parías sin pares, tales cuales los ha hecho la revolución de Julio, en fin

todo un mundo de especuladores y de periodistas, vió á pocos pasos de él una figura extraña y sobrenatural. Se acercó á aquel ser raro, entornando los ojos insolentemente para contemplarlo mejor. ¡Qué admirable pintura! pensó. Las cejas, el pelo, la perilla á lo Mazarino que ostentaba vanidosamente el desconocido estaban teñidos de negro; pero el cosmético, aplicado á una cabellera demasiado blanca sin duda, había producido un color amarotado y falso cuyas tintas cambiaban según los reflejos más ó menos vivos de las luces. Su rostro, estrecho y aplastado, cuyas arrugas estaban rellenas con gruesas capas de blanquete y colorete, expresaban á la vez la astucia y la inquietud. En algunos sitios de la cara faltaba aquella pintura y hacía resaltar singularmente su decrepitud y su color plomizo, de suerte que era imposible contener la risa al ver aquella cabeza de barbilla puntiaguda y frente prominente, bastante parecida á esas grotescas carátulas de madera, esculpidas en Alemania por los pastores en sus ratos de ocio. Al examinar alternativamente á aquel viejo Adonis y á Rafael, un observador habría creído reconocer en el marqués los ojos de un joven tras la máscara de un viejo, y en el desconocido los ojos mortecinos de un viejo tras la máscara de un joven. Valentín procuraba recordar en qué circunstancia había visto á aquel vejete seco, de gran corbata, calzado como un adulto, que hacía resonar sus espuelas y se cruzaba de brazos como si dispusiera de todas las fuerzas de una petulante juventud. Su porte no tenía nada de embarazado ni de artificial. Su frac elegante, cuidadosamente abrochado, ocultaba una antigua y fuerte armazón, dándole la apariencia de un

viejo petrimètre que sigue todavía las modas. Aquella especie de muñeco lleno de vida tenía para Rafael los atractivos de una aparición y le contemplaba como á un antiguo cuadro de Rembrandt borroso, pero restaurado recientemente, barnizado y puesto en un marco nuevo. Aquella comparación le hizo dar con el rastro de la verdad en sus confusos recuerdos, y vió que aquel hombre era el mercader de curiosidades, causante de su desdicha. En aquel momento el fantástico personaje reía calladamente; con risa trazada en sus labios fríos, estirados por una dentadura postiza. La viva imaginación de Rafael le hizo ver en aquel hombre sorprendentes semejanzas con la cabeza ideal que los pintores han dado al Mefistófeles de Goethe. Mil supersticiones se apoderaron entonces del alma fuerte de Rafael hasta el punto de creer en el poder del demonio, en todos los sortilegios tomados de las leyendas de la Edad media y puestos en obra por los poetas. Resistiéndose con horror á correr la suerte de Fausto, invocó de pronto al cielo, teniendo como los moribundos una fe ferviente en Dios y en la Virgen María. Una claridad fresca y radiante le permitió ver el cielo de Miguel Angel y de Sanzio de Urbino; nubes, un anciano de barba blanca, cabezas aladas y una mujer hermosa sentada en una aureola. Entonces comprendía, adoptaba esas admirables creaciones cuyas fantasías casi humanas le explicaban su aventura y le infundían todavía alguna esperanza. Pero cuando bajó los ojos al salón de descanso de los Italianos, en lugar de la Virgen, vió á una linda joven, la detestable Eufrosia, aquella bailarina de cuerpo flexible y ligero, que vestida con un traje deslumbrador, llena de

perlas orientales, acudía impaciente en busca de su viejo impaciente, y se mostraba insolente, atrevida, con la mirada chispeante, á aquella gente envidiosa y especuladora para atestiguar la riqueza sin límites del mercader cuyos tesoros derrochaba. Rafael se acordó del deseo burlón con que había admitido el fatal presente del viejo, y saboreó todos los placeres de la venganza contemplando la humillación profunda de aquella sabiduría sublime cuya decadencia parecía á la sazón imposible. La fúnebre sonrisa que el centenario dirigió á Eufrasia fué contestada por ésta con una palabra de amor; le ofreció su brazo seco, dió con ella dos ó tres vueltas por el salón, y recogió con delicia las miradas apasionadas y las galanterías que la gente dirigía á su querida, sin notar las risas desdeñosas, sin oír las mordaces cuchufletas de que era objeto.

—¿De qué cementerio habrá desenterrado esa linda moza á semejante cadáver?—preguntó el más elegante de todos los románticos.

Eufrasia se conrió. El burlón era un joven de cabellos rubios, ojos azules y brillantes, esbelto, que llevaba un frac corto, el sombrero echado sobre la oreja, y chistoso.

—¡Cuántos ancianos coronan una vida de probidad, de trabajo, de virtud, con una locura!—pensó Rafael.

—Ese tiene los pies fríos y hace el amor.

—¡Vaya, vaya, caballero!—dijo Valentín deteniendo al mercader y lanzando una ojeada á Eufrasia.—¿No se acuerda usted ya de las severas máximas de su filosofía?

—¡Ah!—respondió el mercader con voz cascada.—ahora soy feliz como un joven. Había tomado la exis-

teñencia al revés. Se encierra toda una vida en una hora de amor.

En aquel momento, la campana anunció que iba á levantarse el telón, y los espectadores salieron del salón de descanso para ir á ocupar sus localidades. El viejo y Rafael se separaron. Al entrar en su palco, el marqués vió á Fedora que estaba al otro lado de la platea precisamente enfrente de él. Debía hacer poco que había llegado, porque en aquel momento se quitaba el chal, dejando descubierto su cuello y hacia todos esos leves movimientos indescriptibles de una coqueta ocupada en atraer las miradas; y lo cierto fué que todas se concentraron en ella. La acompañaba un joven par de Francia á quien pidió los gemelos que le había confiado. Por su actitud, por el modo como miró á aquel nuevo pretendiente, adivinó Rafael la tiranía á que estaba sujeto su sucesor. Fascinado sin duda como él lo había estado en otro tiempo, burlado como él y luchando lo mismo que él con toda la pujanza de un amor verdadero contra los fríos cálculos de aquella mujer, aquel joven debía sufrir los tormentos á que Valentín había renunciado por fortuna. Un contento inexplicable animó el rostro de Fedora cuafido, después de haber mirado con sus gemelos á todos los palcos y examinado rápidamente los trajes de las señoras, tuvo la persuasión de eclipsar con su atavío y su belleza á las damas más lindas y elegantes de París; se echó á reír para enseñar su blanca dentadura, meneó su cabeza adornada de flores para hacerse admirar, su mirada pasó de palco en palco, burlándose de un gorrito puesto sin gracia sobre la frente de una princesa rusa ó de un sombrero mal hecho que sentaba horriblemente á

la hija de un banquero. De pronto se puso pálida al tropezar con la mirada fija de Rafael; su amante desdeñoso la anonadó con una intolerable ojeada de desprecio. Al pasar que ninguno de sus amantes desdeñados desconocía su poder, Valentín era el único en el mundo que estaba á cubierto de sus seducciones. Un poder arrostrado impunemente se acerca á su ruina: esta máxima está grabada más profundamente en el corazón de una mujer que en la cabeza de los reyes. Por esto veía Fedora en Rafael la muerte de sus prestigios y de su coquetería. Una frase dicha por él la víspera en el teatro de la Opera se había hecho ya célebre en los salones de París. El filo de aquel terrible epigrama había inferido á la condesa una herida incurable. En Francia sabemos cauterizar una llaga, pero todavía no conocemos remedio ninguno par el daño que produce una frase. En el momento en que todas las mujeres miraron alternativamente al marqués y á la condesa, Fedora habría deseado sepultarle en los calabozos de alguna Bastilla, porque á pesar de su talento para disimular, sus rivales adivinaron cuánto sufría. Por fin perdió su último consuelo. Esas palabras deliciosas: ¡Soy la más hermosa! esa frase eterna que mitigaba todos los sinsabores de su vanidad, llegó á ser una **mentira**. Al comenzar el segundo acto, una mujer se colocó cerca de Rafael, en un palco que había estado vacío hasta entonces. De la platea entera salió un murmullo de admiración. Aquel mar de caras humanas agitó sus oleadas inteligentes y todos los ojos miraron á la recién llegada. Jóvenes y viejos promovieron tan prolongado rumor, que al levantarse el telón, los músicos de la orquesta se volvieron para reclamar el si-

lencio, mas acabaron por unir sus aplausos á los del público y aumentaron aquel ruido confuso. En cada palco se entablaron conversaciones animadas: todas las mujeres se habían armado de sus gemelos, y los viejos rejuvenecidos limpiaron con la piel de sus guantes los cristales de sus anteojos. Calmóse gradualmente el entusiasmo, resonaron los cantos en la escena y se restableció el orden. La concurrencia, como avergonzada de haber cedido á un impulso natural, recobró la frialdad aristocrática de su actitud correcta. Los ricos no quieren admirarse de nada, y se creen en el deber de reconocer á primera vista el defecto de una obra que les ha de dispensar de la admiración, sentimiento vulgar. Pero algunos hombres continuaron inmóviles sin escuchar la música y como encantados, contemplando á la vecina de Rafael. Valentín vió en una bañera, y cerca de Aquilina, la innoble y sanguinolenta cara de Taillefer que le hizo un gesto de aprobación. Luego vió á Emilio que, de pie en la orquesta, parecía decirle: "Pero, hombre, mira la preciosa criatura que tienes á tu lado." En fin, Rastignac, sentado junto á una mujer, probablemente viuda, retorció su guantes como hombre desesperado por estar encadenado allí, sin poder acercarse á la divina desconocida. La vida de Rafael dependía de un pacto no violado todavía que había hecho consigo mismo; había se propuesto no mirar jamás con atención á una mujer, y para ponerse á cubierto de una tentación, llevaba un antejo cuyo cristal microscópico, artísticamente colocado, destruía la armonía de las facciones más bellas, dándoles un aspecto repulsivo. Presa aún del terror que se había apoderado de él aquella mañana cuando por un acto de cortesía

dió lugar á que menguara el talismán, Rafael formó la firme resolución de no volverse á mirar á su vecina. Sentado como una duquesa, daba la espalda al rincón de su palco y tapaba con impertinencia la mitad de la escena á la desconocida afectando menospreciarla y hasta ignorar que detrás de él había una mujer hermosa. La vecina imitaba con exactitud la postura de Rafael; había apoyado un codo en el antepalco y alargaba un tanto la cabeza mirando á los cantantes como si hubiera puesto fija para que la retrataran. Aquellas dos personas parecían dos novios reñidos que se vuelven la espalda y volverán á abrazarse á la primera palabra de amor. Había momentos en que los leves marabuts ó los cabellos de la desconocida rozaban ligeramente la cabeza de Rafael y le causaban una sensación voluptuosa con la que luchaba animosamente; poco después sintió el dulce contacto de los rizados de blonda que guarnecían el cuello de su vestido; éste mismo produjo el murmullo afeminado de sus pliegues, rumor lleno de muelles hechicerías; por fin, el movimiento imperceptible impreso por la respiración al seno, á la espalda, á las ropas de aquella linda mujer, toda su vida suave se comunicó bruscamente á Rafael como una chispa eléctrica; el tul y la blonda transmitieron fielmente á su hombro nerviosamente excitado, el delicioso calor de aquellos hombros desnudos. Por un capricho de la naturaleza, ambos seres desunidos por el buen tono, separados por los abismos de la muerte, respiraron juntos y pensaron quizás el uno en el otro. Los penetrantes perfumes del áloe acabaron de embriagar á Rafael. Su imaginación irritada por un obstáculo, más fantástica aún por las trabas que se le oponían, le representó vi-

vamente á una mujer de facciones de fuego. Volvió de pronto la cabeza: la desconocida, á quien le chocaba sin duda encontrarse en contacto con una persona extraña, hizo el mismo movimiento, y quedaron frente á frente sus rostros, animados por el mismo pensamiento.

—¡Paulina!

—¡Señor Rafael!

Petrificados ambos, se miraron un instante en silencio. Rafael veía á Paulina vestida con un traje sencillo y de buen gusto. A través de la gasa que cubría castamente su corpiño, dos ojos expertos podían vislumbrar una blancura de azucena y adivinar formas que hasta una mujer habría admirado. Echábase como siempre de ver su modestia virginal, su celestial candor, su graciosa apostura. La tela de su manga marcaba el temblor que hacía palpar su cuerpo como palpítaba el corazón.

—¡O! Vaya usted mañana á la casa de la calle de San Quintín á recoger sus papeles—dijo Paulina.—Allí estaré yo al medio día. No falte usted.

Se levantó precipitadamente y se marchó. Rafael quiso seguir á Paulina, pero temió comprometerla y se quedó. Miró á Fedora y le pareció fea; mas no pudiendo comprender una sola frase de la música, ahogándose en el teatro y oprimido el corazón, salió y regresó á su casa.

—Jona'ás—dijo al viejo criado al acostarse.—dame media gota de láudano en un terrón de azúcar, y no me despiertes mañana hasta las doce menos veinte.

—Quiero que me ame Paulina—dijo al otro día mirando el talismán con indecible angustia.

La piel no hizo ningún movimiento; parecía haber

perdido su fuerza contráctil; sin duda no podía satisfacer un deseo realizado ya.

—¡Ah!—exclamó Rafael sintiendo como si se le hubiera quitado de encima una capa de plomo que hubiese llevado desde el día en que se le dió el talismán; —¡tú mientes, no me obedeces, queda roto el pacto! Estoy libre, viviré. Era una broma de mal género.

Cuando así decía, no se atrevía á creer en su propio pensamiento. Vistióse con tanta sencillez como en otro tiempo y quiso ir á pie á su antigua vivienda, procurando retrotraerse á aquellos felices días en que se entregaba sin riesgo á la furia de sus deseos y en que aún no había formado juicio de todos los goces humanos. Iba por la calle viendo, no ya á Paulina de la calle de San Quintín, sino á la Paulina de la víspera, á aquella amada cumplida con la que tantas veces había soñado, doncella espiritual, amante, artista, que comprendiera á los poetas y la poesía, y viviera en el seno del lujo; en una palabra, á Fedora dotada de alma bella, á Paulina dos veces millonaria y condesa como lo era Fedora. Cuando llegó á aquel umbral desgastado, á la baldosa agrietada de aquella puerta, al trasponer la cual tantas veces le acometieron ideas de desesperación, salió una vieja de la sala, y le dijo:

—¿Es usted el señor Rafael de Valentín?

—Sí, señora.

—Ya sabe usted, pues, dónde está su antiguo cuarto: le están esperando en él.

—¿Sigue esta casa á cargo de la señora Gaudín?

—preguntó Rafael.

—No, señor. La señora Gaudín es hoy baronesa y vive en casa propia en la otra orilla del río. Volvió su

marido y trajo mucho dinero, tanto que, según se dice, podría comprar todo el barrio de Santiago si quisiera. Me ha traspasado gratis la casa y lo que resta de alquiler. Bien mirado, es una buena mujer. Hoy no tiene más vanidad que ayer.

Rafael subió con presteza á su buhardilla, y cuando llegó á los últimos escalones, oyó los sonidos del piano. Paulina estaba allí, modestamente vestida con un traje de percal; pero la hechura del vestido, los guantes, el sombrero y el chal negligentemente tirados sobre la cama, revelaban toda una fortuna.

—¡Gracias á Dios que ha venido usted!—exclamó Paulina volviendo la cabeza y levantándose con ingenno movimiento de alegría.

Rafael se sentó á su lado, sonrojado, avergonzado, contento; y la miró sin decir una palabra.

—¿Por qué se separó usted de nosotros?—preguntó Paulina bajando los ojos y poniéndose colorada.—¿Qué ha sido de usted?

—¡Ah, Paulina! ¡He sido y soy muy desgraciado todavía!

—¡Bah!—exclamó la joven enternecida.—Ayer adiviné la suerte que ha tenido usted, al verle tan bien vestido rico, al parecer; pero en realidad, señor Rafael, ¿sigue usted siendo lo mismo que antes?

Valentín no pudo contener algunas lágrimas, las cuales brotaron de sus ojos, y exclamó:

—Paulina.... yo....

No pudo continuar: sus ojos brillaron de amor y su corazón se desbordó en su mirada.

—¡Oh! ¡Me ama! ¡Me ama!—exclamó Paulina.

Rafael hizo un ademán con la cabeza, porque no se